

delante de sus ojos ráfagas luminosas como relámpagos.

Su marido, era joven, era fuerte, era alegre. Se dispuso á quererle. Tenía un cuidado constante de la persona de Jorge y de sus cosas. Le peinaba el cabello, le arreglaba la ropa, los papeles... Miraba mucho á los maridos de otras, comparaba, y sentía orgullo. Jorge la envolvía en delicadezas de amante, se arrodillaba á sus pies, era muy zalamero. Siempre de buen humor, con mucha gracia. Solamente en las cosas de su carrera, ó de honor, tenía severidades exageradas; al hablar de ellas, ponía en las palabras y en los modales una solemnidad imponente. A veces tenía salidas que la hacían palidecer; era muy celoso; y una de sus amigas la había dicho: "es hombre capaz de pegarte." No lo dudaba mucho, y esto mismo acrecía su amor hacia él. Era su todo, su fuerza, su religión, su destino, su hombre, en fin. Reflexionó en lo que hubiera sido, casada con su primo Basilio. ¡Qué desdicha! ¿Qué sería de ella? Se perdía ante la hipótesis de otra existencia diferente que se desenvolvían en su espíritu como los telones sobre el escenario; se veía en el Brasil, bajo los cocoteros, tendida en una hamaca, rodeada de negritos, viendo volar las cotorras y los loros grandes.

—Está ahí la señorita Leopoldina,—vino á decir Juliana.

Luisa se incorporó sorprendida.

—¿Eh? ¿La señorita Leopoldina? ¿Para qué la dejó entrar?

Mientras se abrochaba el peinador, se preguntaba qué diría Jorge si lo sabía. ¡Santo cielo! ¡El, que tantas veces le había encargado que no la recibiese!

Pero, en fin, ya estaba en el salón.

—Está bien,—añadió en alta voz,—dígame que voy en seguida.

Era su amiga íntima. Siendo niñas fueron vecinas en la calle de la Magdalena, colegialas juntas en la patriarcal, en casa de Rita Pessoa, la coja. Leopoldina era hija del vizconde de Quebraes, el famoso libertino, que fué paje del infante don Miguel. Había hecho una boda desastrosa con un tal Juan Norouka, empleado de aduanas. La llamaban *la Quebraes*, y durante mucho tiempo la llamaron *Pan y queso*.

Se sabía que tenía amantes.

Jorge la odiaba. Muchas veces había dicho á Luisa: "Todo lo que quieras menos Leopoldina."



Leopoldina tenía veintisiete años. No era muy alta, pero pasaba por ser la mujer mejor formada de Lisboa. Llevaba siempre trajes llamativos, y tan ajustados, que modelaba el cuerpo como una segunda piel. Sus faldas, sin vuelo y recogidas atrás, dibujaban claramente la línea de las piernas. Decíase de ella: "es una estatua, una Venus." Tenía la espalda y los hombros de modelo. Aun á través de la chaquetilla se adivinaban los senos como el dibujo harmónico de dos hermosas mitades de limón; la línea

de las caderas se marcaba en ondulación firmísima, y al andar, el movimiento incitante de toda su persona encandilaba los ojos de los hombres. La cara era un poco gruesa; las alas de la nariz tenían una dilatación carnosa; en la piel, muy fina, conservaba huellas poco perceptibles, de viruela. Su principal encanto estaba en los ojos, de negrura intensa y como ahogados en un fluido lánguido y perezoso.

Luisa corrió hacia ella.

Se abrazaron estrechamente y sentadas en el confidente, Leopoldina comenzó una serie de lamentaciones, mientras plegaba su sombrilla de seda clara. Había estado enferma, aburrida, cargada de penas: el calor la mataba... Y Luisa, ¿qué había hecho? La encontraba más gruesa.

Como era un poco corta de vista, para convencerse, cerraba ligeramente los ojos entreabriendo los labios carnosos, de un rojo claro.

—La felicidad lo da todo; hasta los buenos colores; —decía sonriendo.

Lo que la había traído allí era el deseo de saber las señas de la modista francesa que le hacía á Luisa los sombreros.

—¡No puedes figurarte qué calor! Llego muerta.

Y se dejó caer sobre uno de los cojines del sofá, sudorosa, con la boca abierta; tenía los dientes blancos y un poco grandes. Luisa le dió las señas de la francesa, alabándola mucho. No era cara, y tenía gusto. Como la estancia estaba oscura, se levantó para entreabrir las ventanas. Los cortinajes y el sofá eran de ropa verde: el papel y la alfombra, con dibujos imitando ramajes, tenían el mismo color, y en aquella decoración burguesa, destacaban mucho los marcos dorados de algunas estampas y la encuadernación escarlata de "La Divina Comedia" con ilustraciones de Gustavo Doré. Entre las dos ven-

tanás colgaba un espejo oval, donde se reflejaba un napolitano de porcelana, que bailaba la tarantela en la consola.

Sobre el sofá pendía un retrato al óleo, de la madre de Jorge. Estaba sentada, vestida de negro, y rígida dentro del ajustado corpiño. Una de sus manos, seca y livida, descansaba en su regazo bajo el peso de una porción de sortijas; la otra se perdía entre la cascada de encajes de una manteleta de seda. Aquella figura, larga y macilenta, se destacaba sobre el fondo de un cortinaje carmesí, recogido en pliegues muy estudiados, que dejaban ver una perspectiva de horizontes azules y árboles de redondas copas.

—¿Y tu marido? —preguntó Luisa, sentándose junto á su amiga.

—Como siempre, poco divertido, —respondió Leopoldina riendo.

Después, con cierto aire serio, y la cabeza un poco inclinada, añadió:

—¿Sabes que rompí con Mendoza?

—Sí, —murmuró Luisa ruborizándose un poco.

Leopoldina después dió detalles.

Era de una franqueza indiscreta. Hablaba mucho de sí misma, de sus penas, de sus amantes. Nunca había tenido secretos para Luisa. En su necesidad de hacer confidencias, la consultaba sobre sus amores. Con grandes exageraciones le refería sus caprichos, sus ideas, su modo de ser, sus depravaciones y hasta sus trajes. Lo cuchicheaba en un ángulo del sofá, entre sonrisas maliciosas. Luisa oía aquellos secretos con gran interés y las mejillas encendidas por el rubor, saboreándolos con cierto asombro devoto. ¡Encontraba aquello tan interesante!

Leopoldina, sentada casi sobre ella, le refirió lo acaecido con Mendoza.

—¡Es posible!—decía Luisa algunas veces.

—¡Palabra!—afirmaba Leopoldina.—Esta vez,—añadió levantando los ojos,—confieso que me he llevado chasco.

Luisa se rió.

—Confiesa que te engañas casi siempre.

Era verdad.

—¡Qué quieres! Cada vez creo que se trata de una pasión y siempre me llevo chasco. Pero si un día encuentro...

—Ya es tiempo.

Las dos amigas quedaron silenciosas. Luisa encontraba sin escrúpulos á Leopoldina, sin embargo, sentía debilidad por ella, admiraba la belleza del cuerpo de su amiga que le inspiraba atracción casi física. Luego la disculpaba. ¡Era tan desgraciada con su marido! ¡Siempre en busca del amor la pobre! Y esta palabra misteriosa y fascinadora, de la que parece rebosar la felicidad como el agua de un vaso lleno, era para Luisa justificación suficiente. Su amiga se le aparecía como una heroína, y la miraba con el mismo asombro que sentiría ante alguien que regresase de una expedición maravillosa y llena de peligros; lo único que le desagradaba en ella era cierto aroma de tabaco, mezclado con heno que se desprendía de sus vestidos.

Leopoldina fumaba.

—¿Qué ha hecho Mendoza?

—Me escribió una carta necia para decirme que, bien mirado, valía más romper definitivamente, porque no estaba de humor para pasarse la vida disputando. ¡Imbécil! Debo traer la carta.

Buscó en su bolsillo, sacando un pañuelo, un tarjetero, algunas llaves, una cajita de polvos de arroz, pero en vez de carta, lo que halló, fué un programa del *Circo de Price*.

Habló entonces del Circo. ¡Qué espectáculo más tonto! Lo mejor que vió fué un gimnasta. Buen mozo, bien formado: una perfección, vamos.

Y preguntó en seguida.

—¿Vuelve al fin tu primo Basilio?

—Eso acabo de leer en el *Diario de Noticias*. Me quedé asombrada.

—¡Ah! Antes de que se me olvide. Quisiera saber con qué has adornado tu vestido de cuadritos azules. Quiero hacerme uno igual.

—Lo he adornado de azul oscuro. Ven á verlo.

Entraron en el cuarto. Luisa abrió la ventana y el ropero. La habitación era pequeña y fresquísima, cubierta de cretona azul pálido, con alfombra ordinaria de dibujos azulados sobre fondo blanco. Entre las dos ventanas estaba el tocador bajo un dosel de puntilla barata, cubierto de frascos y adornado con una franja bordada por Luisa. Delante de las ventanas y sobre trípodes, plantas de grandes hojas, *begonias*, *macahonias*, dejaban caer con gracia su follaje tupido sobre los tiestos de tierra cocida.

Todos estos detalles, que parecían respirar *comfort* y sosiego, evocaron ante Leopoldina la imágen de tranquilas dichas. Miró á uno y otro lado y dijo con lentitud:

—¿Sigues queriendo mucho á tu marido? ¡Ah! Haces bien, hija.

Y añadió suspirando.

—¡Tienes razón para hacerlo así!

Ante el espejo se dió polvos de arroz al rostro y al cuello.

—Sí, tienes razón... ¡Pero señálame una mujer capaz de enamorarse de un marido como el mío!

Se sentó sobre el confidente y dijo muchas cosas acerca de su marido. ¡Era tan grosero, tan egoísta!

—¿Quieres creer que si á las cuatro no estoy en

casa, se sienta á comer sin esperarme y me guarda las sobras?

Habló de sus otros defectos: no era nada cuidadoso, escupía en las alfombras, etc., etc.

Su cuarto... parece un corral de cerdos.

—¡Qué horror!—exclamó seriamente Luisa.—Pero de eso tienes tú gran parte de culpa.

—¡Yo!—respondió Leopoldina levantándose con los ojos abiertos que le relucían de un modo extraño.—¡Pues sólo faltaría que fuese á cuidarme de la habitación de mi marido!

Hubo un momento de silencio. Después volvió á decir que era muy desgraciada, más desgraciada que mujer alguna del mundo. Luego extendiendo su mano con rápido y expresivo gesto añadió:

—Ni siquiera es celoso ese estúpido.

Juliana entró tosiendo y dijo con los ojos bajos:

—¿Desea aún la señora que planche los chalecos blancos?

—Sí, todos. Ya lo he dicho. Es preciso que estén en la maleta antes de la noche.

—¡Maleta! ¿Quién se va?—preguntó Leopoldina.

—Jorge. Va á las minas del Alentejo.

—Entonces vas á estar sola. Podré venir á verte. ¡Bravo!

Se sentó junto á ella y añadió mirándola con dulzura.

—¡Tengo tantas cosas que decirte! ¡Si supieras, querida!

—¿Qué es ello? ¿Otro amor?

La cara de Leopoldina cubrióse de rojo. Sonrió y quedóse mirando á la alfombra.

¡Era verdad! Por eso había venido. ¡Se sentía en su casa muy sola!

Luego añadió en voz baja:

—Esta vez es cosa seria.

Dió detalles. Era un joven elegantísimo, alto, rubio. ¡Qué talento! ¡Poeta! Y pronunciaba la palabra *poeta* paladeándola, con devoción. Arrastraba las sílabas y ponía una dulce suavidad en el sonido de la *p*.

—¡Es poeta!

Desabrochándose dos botones del pecho sacó un papelito doblado. ¡Versos! Se aproximó más á su amiga con las alillas de la nariz dilatadas por la sensación de felicidad que experimentaba, y leyó muy bajo, solemne, orgullosa:

A TI

Pharo de Guía, 5 de Junio.

*Cuando contemplo con el sol que muere
Sobre las rocas en que el mar combate...*

Era una elegía. El enamorado cantaba en endecasílabos sus largas meditaciones en las que Leopoldina se le aparecía *radiante visión* que resbala ligera sobre las aguas quietas, sobre el horizonte que enrojece el sol poniente, sobre la cresta de las olas emblanquecidas por la espuma... Todo aquello era amanerado, de un exagerado sentimentatismo, de enfermiza estructura... Género esencialmente lisbonense, lleno de ripios. Al final añadía que no era en los *esplendores de los salones* ni en los bailes *en que reina un placer febril* dónde quería verla, sino allá abajo, sobre aquellas rocas en que

*Viendo morir el sol todas las tardes
Va á ver dormir la espléndida llanura.*

—¡Qué hermoso! ¿Verdad?—preguntó Leopoldina,

Quedaron algún tiempo mudas, un poco conmovidas. Leopoldina, con la vista turbada, repitió tíernamehte la fecha:

—¡Pharo de Guía, 5 de Junio!

El reloj dió las cuatro. Leopoldina, como si despertase de repente, se levantó. Guardó los versos en el pecho.

—Es muy tarde ya para mí. Si no llego pronto, *el otro* se pondrá á comer. Tenemos pescado asado. No hay nada tan detestable como el pescado frío. Adiós. ¿Hasta muy pronto, verdad? Mientras tu marido esté fuera, vendré muy á menudo. Adiós. ¿La modista francesa vive en la calle de Oiro, encima de la tabaquería?

Luisa la acompañó hasta el rellano. Casi había llegado al portal, cuando Leopoldina alzando la voz, dijo:

—¿Te parece lo mejor adornar de azul el vestido, verdad?

—Yo, al menos así lo he hecho. Me parece lo más propio.

—Adiós. ¿Calle de Oiro, sobre la tabaquería?

—Sí, calle de Oiro. Hasta luego.

Y Luisa añadió más claro:

—La puerta de la derecha, madame Francoise.

* *

Jorge regresó á las cinco. Dejando el quitasol en un rincón, dijo desde el umbral:

—Ya sé que has tenido una visita.

El rostro de Luisa se encendió un poco. Estaba en el tocador, peinada ya. Tenía puesto un vestido de tela cruda, guarnecido de encajes.

—Leopoldina ha estado, efectivamente. Juliana la hizo entrar. Vino á saber las señas de la modista francesa. La visita ha sido corta.

Al concluir preguntó:

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo ha dicho Juliana. Leopoldina ha estado aquí toda la tarde.

—¡Toda la tarde! ¡Si apenas ha estado diez minutos escasos!

Jorge se quitaba los guantes sin decir palabra. Se aproximó á una de las ventanas. Se puso á agitar las hojas de una begonia de enfermizo y pálido color de rosa con reflejos plateados. Silbaba bajito. Parecía gravemente ocupado en arrancar un capullo de *amabilis* oculto entre el brillante follaje, como el cogollo de amarillos tonos de la pianta misma.

Luisa se ocupaba en sujetar su medallón de oro

con una cinta de terciopelo negro. Temblábanle un poco las manos. Estaba encendida.

—¿Te ha hecho daño el calor?—preguntó.

Jorge no respondió. Silbó más alto. Se fué á otra ventana. Allí se entretuvo en sacudir con los dedos las hojas de un makoaur de cambiantes verdosos y color de sangre. Luego pasándose la mano por el cuello, como quien se siente sofocado, exclamó:

—Escucha. Es necesario que dejes de ver á esa mujer. Hay que acabar de una vez para siempre.

Luisa se puso como la escarlata.

El añadió con frase breve y algo violenta:

—No quiero, ni puedo aguantarla. Esto por tí. Por las vecinas. ¡Hasta por la más vulgar decencia!

—Pero... fué Juliana...—balbuceó Luisa.

—Otra vez la pones en la puerta.

Jorge medía la habitación á grandes pasos. Añadió:

—¡Dices que no estás, que te has marchado á China, que estás enferma!...

Después se detuvo, y dijo con tono afectuoso:

—Piensa, querida, que todo el mundo la conoce demasiado. ¡Es la Quebraes! ¡Pan y queso! Una vergüenza. Una basura...

E irritándose, de golpe, enumeró todos sus amantes.

—Carlos Viegas, ese larguirucho de bigotes chinoscos, que escribía comedias para el Gimnasio. Santos Madeiro, picado de viruelas, una especie de leproso... Melchor Vadío, un sinvergüenza, de mirada de carnero moribundo, con las manos constantemente en los bolsillos y un coracero constantemente en la boca... Pedro Cámara, el bonito... Mendoza el de botas con punta como un asta... *tutti quanti*. ¡Es una mujer indigna! ¡Como si á mí no me bas-

tara este olor singular para saber que ha estado aquí!

Y aspiraba el aire con la cabeza erguida. Añadió á poco:

—¡Este pesado olor á heno!... Habéis sido discípulas. Está bien. Pero esto no impedirá que si la cojo en la escalera, la dé un susto... Sí: un susto.

Calló un momento. Con los brazos extendidos hacia su mujer, dijo:

—Vamos á ver. ¿Tengo razón?

—Claro que la tienes,—contestó Luisa que, turbada, coloradísima, se ponía sus brazaletes ante el espejo del tocador.

—¡Está bien!

Se marchó furioso.

Luisa quedó confusa. Una lágrima límpida rodó por su mejilla. Se sonó, casi llorando.

—¡Esa Juliana! ¡Chismosa! ¡Todo por el placer de sembrar la discordia!...

Sintióse llena de ira. Dando portazos entró en el cuarto de planchar.

—¿Quién le manda á usted decir si viene ó no viene alguien á mi casa?—dijo bruscamente, al ver á Juliana.

—No creí que fuera un secreto,—respondió la criada sorprendida, soltando la plancha.

—Cierto. No lo es, estúpida. ¿Por qué la dejó usted entrar? ¿No la he dicho mil veces que no quiero recibirla?

—La señora no me ha dicho eso,—respondió Juliana con los ojos abiertos, mostrándose ofendida.

—¡Miente! ¡Calle usted!

La volvió la espalda. Entró en su cuarto con los nervios sobreexcitados. Después se asomó á la ventana.

El sol se ponía. Una sombra igual cubría la ma-

empedrada calle. Las casas, antiguas y destartaldas, estaban oscuras. Tenían entradas angostas... Por entre el barandal de algunos balcones, asomaban en tiestos, matas de albahacas y claveles raquíuticos. En las buhardillas, veíase ropa puesta á secar. En un pianó vecino, oíase la *Plegaria de una Virgen*, tocada por una niña, con el abandono sentimental del domingo. En el balcón de la casa de enfrente, cuchicheaban y reían las cuatro hijas del señor Teixeira de Acevedo, amontonadas en el estrecho hueco, los cabellos revueltos, los ojos sucios, consagrando la tarde á curiosear las ventanas vecinas y la calle, picardeando cuando veían un transeunte, inclinadas sobre el alféizar y haciendo caer con placer de idiotas salivazos en la acera.

— Jorge tiene razón, — pensaba Luisa. — Pero, yo no puedo hacer más.

Hacia años que no pisaba la casa de Leopoldina. Había quitado su retrato del álbum del salón. Se había visto obligada á confesarla la antipatía de su marido hacia ella. ¡Pobre amiga! La recibía muy pocas veces. Se negaba casi siempre. Pero si estaba en el salón, ¿la iba á arrojar por la escalera?

En aquel momento, un hombre bajo y grueso, con las piernas torcidas, encorvado sobre un organillo, apareció en lo alto de la calle. Su barba negra tenía un aspecto selvático. Se detuvo. Empezó á tocar, dirigiendo á las ventanas una mirada suplicante, sonriendo con tristeza. El aire de *Casta Diva*, que acompañaba un trémolo incesante llenó la calle con un sonido metálico y seco.

Algunas vecinas se asomaron. La Gertrudis, criada y querida del catedrático de matemáticas, mostró en el marco angosto de la ventana, su cara morena y mofetuda, de cuarentona harta y bien establecida. Más lejos, sobre el balcón de un segundo

piso, aparecía la silueta del señor Cuntra Rosado, alto y flaco, con un gorro en la cabeza y el aire de hombre enfermo del estómago, sobre el cual cruzaba la bata con sus manos transparentes.

El organillo atreviase en aquel momento con el final de *Traviata*, y recordando Luisa su última lectura, se acordó de la pobre Margarita Gautier, muriendo en una habitación saqueada por los traperos, levantándose, poniéndose colorete para ocultar su lividez, loca, expirante, con el deseo de ir al Vaudeville, para ver la butaca de orquesta en que había conocido á Armando. Sintióse dominada por una incomprensible tristeza, y de un sentimiento de odio hacia Juliana: tenía ganas de llorar, y con la cabeza baja, acompañaba *sotto voce* la melodía quejumbrosa del organillo.

En la calle, los comerciantes desocupados, salían al umbral de la puerta. La estanquera, apareció en la suya, vestida de luto, con aire de viuda, los brazos en cruz sobre el chal ceñido, prensada en su chaqueta que la hacía aparecer todavía más delgada. Sus ojos, cansados, tenían una manera de mirar triste y lánguida. Del piso bajo de la casa donde el señor Acevedo vivía, salió la carbonera, monumental persona, que afectaba una gravedad risible, con los cabellos enmarañados, la cara lustrosa y negra del carbón, con la mugre rebosando por todas partes y sus tres hijos medio desnudos, especie de negritos llorones, que se colgaban de sus faldas. El señor Paulo, anticuario, adelantó hasta el arroyo con la visera charolada de su gorra de paño que jamás se quitaba. Para parecer más importante, llevaba las manos á la espalda, cruzadas bajo los falzones de su chaquet. El sucio talón de su calcetín, salía de sus zapatillas bordadas con cuentas de cris-

tal. Padecía una ronquera crónica. Tenía una manera desagradable de hacer chascar la lengua. Su bigote canoso, de pelos largos, colgábase á uno y otro lado de boca. Odiaba á los reyes y á los curas. El estado de la política, le entristecía. Silbaba constantemente el aire de María da Ponte. En sus palabras y en sus gestos, se adivinaba al patriota descontento.

El organillero, se quitó el sombrero. Sin dejar de tocar, lo alzaba hacia los balcones con el ademán suplicante del necesitado, dejando descubierta el cabello que se le pegaba á la frente con el sudor. Las señoritas de Acevedo, cerraron entonces su ventana. La carbonera, le dió algunas monedas de cobre, haciéndole además algunas preguntas. Quería saber de dónde era, por qué calles había venido, cuántos números de música tenía el organillo.

Las gentes, ataviadas con las galas domingueras, comenzaron á pasar. Traían del largo paseo una actitud de supremo cansancio y los zapatos llenos de polvo. Familias numerosas, con sus niños vestidos de colorines, entraban lentamente. Las mujeres del pueblo, volvían de las afueras con los chiquillos al hombro, dormidos por el calor y el cansancio. Grupos de obreros cogidos del brazo, vestidos de blusa, con pantalones blancos almidonados, hablaban y bromeaban alto conforme andaban. En los balcones, oíanse descomunales bostezos.

El cielo había adquirido ese limpio color azul de las porcelanas antiguas. Una campana doblaba á lo lejos como final de función religiosa. El domingo acababa sosegadamente, calmoso y triste.

— ¡Luisa! — dijo Jorge de pronto.

Ella se volvió, respondiendo maquinalmente.

— ¿Qué ocurre?

— Vamos á cenar, querida. Son las siete.

Dentro de la habitación la cogió por la cintura diciéndola con voz queda, tiernísima:

— ¿Te enfadaste?

Ella respondió humildemente:

— No. Tenías razón. Lo confieso.

— ¡Ah! — dijo él con el acento que emplea quien ha vencido y se siente orgulloso de su triunfo.

Después con ternura grave, añadió:

— Sí, querida mía, nuestra casa es una casa honrada y es un dolor ver entrar aquí á esa mujer oliendo á esencias, al cigarro, y á todo lo demás...

Ma, di questo non ne parlaremo piú, o donna mia!

¡A la mesal